

la única ocasión de conquistarse una posición independiente para que pueda venir á conversar con usted una noche?

Adiós, y procura no ser tan apasionada de tu albedrío como lady Holland. Ahora es mi deber no perdonar ocasión de darte buenos consejos. De aquí en adelante soy tu único tutor. He comprado los *Deberes de las mujeres* de Gisborne, las *Fábulas para el sexo femenino* de Moore, las *Mujeres de la Escritura* de Mrs. King y los *Sermones* de Fordyce. Con ayuda de estos libros pienso llenar mis deberes en nuestro viaje y en la India.

Siempre tuyo,

T. B. M.

*A Ana M. Macaulay.*

Londres, 4 de Enero de 1834.

Mi querida hermana: Ahora ando comprando libros—no libros insignificantes de los que sólo resisten una lectura, sino libros buenos para una biblioteca.—Echo el ojo á todos los puestos, y no volveré á permitir que me obligues á pasar delante de ellos sin pararme, cuando paseemos juntos por Londres, como solías hacer. Haz el favor de poner en una lista los que tú desees. La provisión para el viaje será: Richardson, las obras de Voltaire, Gibbon, *Historia de los franceses* de Sismondi, Davila, el *Orlando* en italiano, el *Quijote* en español, Homero en griego, Horacio en latín. Debo llevar también algunos libros de jurisprudencia, y otros para iniciarme en el persa y en el indostani. ¿Compraré *Dunallan* para ti? Creo que á

tus ojos valdría por todo lo demás. Pero, en serio, dime lo que desearías que adquiriese.

Ellis está haciendo una pequeña colección de clásicos griegos para mí. Sharp me ha dado uno ó dos libros muy raros y preciosos, que yo deseaba mucho. Se están encuadernando todas las *Revistas de Edimburgo*, de modo que tendremos una colección completa hasta el número próximo que traerá un artículo mío sobre Chatham. Y esto me recuerda que tengo que cesar de escribirte y ponerme al artículo. Me inclino á creer que será bueno.

Siempre tuyo,

T. B. M.

Londres, 13 de Febrero de 1834.

Querido Napier: Es cierto que he pasado muy mal de salud las últimas semanas; pero voy reponiéndome rápidamente, y todos mis consejeros facultativos me aseguran que una semana de mar me pondrá mejor que nunca.

Tengo en la cabeza varios asuntos. Uno es la *Historia* de Mackintosh; me refiero al fragmento de la obra grande. Otro proyecto que tengo es muy hermoso, si saliese bien. Creo que ha llegado el momento de poder apreciar debidamente el valor intelectual y moral de Voltaire. Pasó la veneración extremada con que fué mirado en vida; se ha extinguido la reacción violenta siguiente; el mundo, á mi juicio, está dispuesto ahora á oír la verdad y á ver al hombre tal y como era: una mezcla extraña de grandeza y pequeñez, de virtudes y vicios. Tengo todas sus obras, y las llevaré durante el viaje. Pero mi biblioteca no es



muy rica en libros de los que ilustran la historia literaria de su tiempo. Tengo las *Memorias* de Rousseau y de Marmontel, las *Cartas* de Madame du Deffand, y quizá algunas otras obras que serían útiles. Pero necesitaría la *Correspondencia* de Grimm y otros varios volúmenes de memorias y cartas. Si usted pudiese hacer una coleccioncilla de las obras más útiles para el objeto, y me la enviase lo antes posible, haría cuanto pudiese por pintar un buen Voltaire. Temo que el artículo sea enormemente largo (quizá setenta páginas); pero ya sabe usted que no me extiendo innecesariamente.

Quizá veré de escribir sobre las novelas de miss Austen. Para este asunto no necesitaré ayuda de libros.

Los libros que me mande usted han de estar encuadernados, ó los devorarán las hormigas blancas antes de que lleven tres días en tierra. Además de los libros que puedan ser necesarios para la Revista, desearía tener toda obra de mérito muy relevante que apareciese durante mi ausencia. El género de literatura que me interesa más especialmente es la historia, y sobre todo la historia inglesa. Cualquier libro de valor en la materia desearía tenerle. Sharp, miss Berry y algunos de mis otros amigos le indicarán á usted quizá un libro de cuando en cuando. Pero he de confiar principalmente en el juicio de usted para tenerme bien provisto.

Muy sinceramente suyo,

T. B. MACAULAY.

El 4 de Febrero Macaulay se despidió de sus electores en un manifiesto que los tories de Leeds reputaron

quizá demasiado orgulloso para el caso (1). Pero no había terminado aún en la Cámara de los Comunes. El Parlamento se reunió el primer martes del mes; y el miércoles O'Connell, que ya había llegado á pronunciar dos discursos desde que empezó la legislatura, se levantó por tercera vez para llamar la atención hacia palabras pronunciadas, cuando estaba cerrado el Parlamento, por Mr. Hill, representante de Hull. Este último, á falta de algo mejor que decir á sus electores, les había dicho que, según sus noticias, un representante irlandés, que habló con gran violencia contra todas las partes del *bill* de coerción y votó contra todos sus artículos, se presentó á los ministros diciéndoles: «No rebajen ustedes un átomo del *bill*, ó será imposible que viva nadie en Irlanda.» O'Connell apeló á

(1) «Si ahora que he dejado de ser vuestro servidor y no soy más que vuestro sincero y agradecido amigo, puedo permitirme daros un consejo, á que no podrá negarse el mérito de ser desinteresado, yo os diría: Proceder con vuestros futuros representantes como habéis procedido conmigo. Elegidlos, como me elegisteis á mí, sin mendigar los votos y sin gastos. Alentadlos, como me alentasteis á mí, á hablar siempre llanamente y sin temores. Rechazad, como habéis rechazado hasta aquí, el precio del deshonor. Desafiad, como habéis desafiado hasta aquí, las amenazas de los tiranuelos. No olvidéis nunca que la corrupción más degradante es la que explota, no las esperanzas, sino los temores. Perseverad en los nobles y virtuosos principios por los cuales hemos luchado y triunfado juntos — los principios de libertad y tolerancia, de justicia y de orden. — Apoyad, como habéis apoyado firmemente, la causa del buen gobierno, y ¡que todas las bendiciones, que son frutos naturales del buen gobierno, descendan centuplicadas sobre vosotros! ¡Que florezca vuestra industria, se ensanche vuestro comercio y aumente vuestra riqueza! ¡Que las obras de vuestra industria y los signos de vuestra prosperidad lleguen hasta mí en las apartadas regiones del Oriente, y me den nuevos motivos para estar orgulloso de la inteligencia, de la laboriosidad y de la energía de mis compatriotas!»



Lord Althorp, como representante del gobierno, para que declarase lo que hubiese de verdad en esa afirmación. Lord Althorp, cogido de sorpresa, se dejó llevar del impulso del momento, cuyo impulso fué impedir que arremetiesen con el pobre Mr. Hill, O'Connell y su temible cohorte. Después de hacer presente que los ministros no habían recibido ninguna comunicación formal y deliberada del género indicado, llegó á decir que «no procedería debidamente si no declarase que tenía buenas razones para creer que algunos representantes irlandeses habían usado en conversaciones privadas un lenguaje muy distinto del que habían empleado en público.

El ministro habló con caballerosidad, pero muy desafortunadamente. O'Connell preguntó al punto si figuraba él entre los representantes aludidos, y lord Althorp le aseguró que no. El Speaker trató de mediar, pero el asunto había ido demasiado lejos. Los representantes irlandeses fueron repitiendo uno tras otro la misma pregunta, y obtuvieron la misma respuesta. Por fin se levantó Sheil, y preguntó si era él uno de los miembros á quienes el noble lord se había referido. Lord Althorp contestó: «Sí; el honorable é ilustrado representante es uno.» Sheil, «á la faz del país y en presencia de Dios», afirmó que la persona que había dado tal noticia al noble lord era culpable de una «enorme y escandalosa calumnia», y añadió que él estimaba que el noble lord se había hecho responsable de la imputación. Entonces se desarrolló una de esas escenas en que la Cámara de los Comunes se revela bajo su peor aspecto. Todos los entrometidos, según su costumbre, salieron á la palestra, y hora tras hora se enredaron en una refriega indecorosa, enmarañada y al parecer interminable. Se invitó á Sheil á dar se-

guridades de que el asunto no pasaría fuera de la Cámara. Se negó á condescender, y fué puesto bajo custodia. El Speaker se dirigió después á lord Althorp, quien prometió en lenguaje parlamentario no provocar en desafío. En esto «Mr. O'Connell dijo al respetable miembro que se sentaba junto á él algo que no se oyó en la Cámara. Inmediatamente se levantó lord Althorp, y en medio de ruidosos aplausos y con gran calor, preguntó qué es lo que quería decir el respetable é ilustrado miembro»; y después de una explicación de O'Connell, su Excelencia llegó á usar frases en que daba á entender bien claramente que, aunque no tenía motivos para lanzar un reto, tampoco tenía la menor intención de declinarle; tras lo cual fué puesto igualmente bajo custodia. Pero antes de que los respetables miembros se fuesen á comer, tuvieron la satisfacción de oír que sus rebeldes colegas se habían sometido á la autoridad del Speaker, y habían quedado en libertad.

No había más que un modo de resolver el conflicto. El 10 de Febrero se nombró una comisión investigadora, compuesta de miembros reputados por su discreción. Mr. Hill presentó sus testigos. El primero no tenía nada particular que decir. Macaulay, que era el segundo, cortó inmediatamente la cuestión, declarando que él se negaba en principio á descubrir lo que había pasado en una conversación privada, conducta que la comisión aplaudía realmente. Una sentencia del sentido común puso término razonable á un alboroto absurdo. Mr. Hill comprendió su error; pidió que no se recibiesen más declaraciones, y en la primera sesión de la Cámara se retractó en términos humillantes. Lord Althorp se apresuró á confesar que había obrado «imprudentemente como hombre, y más



imprudentemente aún como ministro», y afirmó que se consideraba obligado á aceptar la denegación de Sheil; pero no pudo convencer á sus oyentes de que estimase en más al respetable miembro después de esa conducta. Sheil agradeció las dos defensas con efusión proporcionada á su valer respectivo; y así terminó un asunto que, ya que no para otra cosa, sirvió para demostrar de nuevo aquella profunda sinceridad de lord Althorp, por la cual le hubiera seguido su partido hasta la muerte (1).

Gravesend, 15 de Febrero de 1834.

Querido lord Lansdowne: Yo esperaba haber podido estrecharle otra vez la mano antes de marchar; pero ese deplorable asunto de la Cámara de los Comunes me ha impedido ver á usted. Perdí un día entero mientras la comisión decidía si debía obligárase ó no á repetir todas las tonterías y miserias que oí á Sheil en Brook.

No puedo salir de Inglaterra sin enviar á usted unas líneas, y eso que son innecesarias. Innecesario es que le diga con qué sentimiento me acordaré siempre de nuestras relaciones y con qué interés recibiré siempre noticias de usted y de su familia.

Suyo muy sinceramente,

T. B. MACAULAY.

(1) En el *Diario* de Macaulay se lee con fecha 3 de Junio de 1851: «Fuí á almorzar con el obispo de Oxford, y allí supe que Sheil había muerto. ¡Pobre hombre! Hablamos de Sheil, y conté mi aventura de Febrero de 1834. ¡Cosa rara que fuese tan poco conocida, ó que se hubiese olvidado tan completamente! Todos me dieron la razón, como ciertamente la tuve.»

## CAPÍTULO II

1831-1838

La travesía. — Llegada á Madrás. — Orden de reunirse con lord Guillermo Bentinck en los Nilguiris. — Viaje de Macaulay por el interior. — Su criado indígena. — Arcot. — Bangalor. — Seringapatam. — Subida de los Nilguiris. — Primera entrevista con el gobernador general. — Cartas á Mr. Ellis y á las señoritas Macaulays. — Un verano en los Nilguiris. — Cristianos indígenas. — *Clarisa*. — Una tragedia-comedia. — Macaulay abandona los Nilguiris, se dirige á Calcuta y se instala en esta ciudad. — Cartas á Mr. Napier y á Mr. Cropper. — Mr. Trevelyan. — Matrimonio de Ana Macaulay. — Muerte de Mr. Cropper. — Trabajo de Macaulay en la India. — Sus dictámenes. — Libertad de la prensa. — Gratitud literaria. — Segundo dictamen sobre la libertad de la prensa. — El Acta Negra. — Un *meeting* público en Calcuta. — Defensa de la política del gobierno indio. — Dictamen sobre la educación. — Macaulay presidente del Comité de Instrucción pública. — Su trabajo en el desempeño de esas funciones. — Muestras de su redacción oficial. — Resultados de sus trabajos. — Es nombrado presidente de la comisión legislativa, y recomienda la redacción de un código penal. — Aparición del código. — Comentarios de Mr. Fitzjames Stephen. — Vida privada de Macaulay en la India. — Los almuerzos de los viernes. — Nostalgia. — Calcuta y Dublín. — Partida de la India. — Cartas á Mr. Ellis, Mr. Sharp, Mr. Napier y Mr. Zacarías Macaulay.

Desde el instante en que una comisión de whigs de Falmouth, presidida por su mayor, fué á bordo á ver á Macaulay, haciendo votos por su salud en la India y por su feliz regreso á Inglaterra, no ocurrió nada que rompiese la monotonía de un fácil y rápido viaje. «La captura de un tiburón; un tiro disparado á un albatros; un marinero que cae por la escotilla y se